



Flirt

Núm. 1

30 cts.

Calvo Asensio, 3.- Madrid.
- Apartado 8.008 -

El alma caballeresca de don Juan, un don Juan contemporáneo, escéptico y sensual, descreído y despreocupado, asomará en estas páginas, no como un Fauno rijoso y solapado, sin otro culto que la carne por la carne—el chiste procaz, el dibujo pornográfico—, sino como un gran caballero libertino, cuyas ligerezas estuvieran purificadas por su gracia, su talento, su espiritualidad...

Nuestro Don Juan, pues, no será un rufián de lupanar entre mancebas, sino un romántico trovador de cuentos verdes, un viejo abate libertino...

De vez en cuando, entre frivolidad y frivolidad, sin dejar de reír nunca, hará Don Juan un alto en sus carnales escarceos, para como un escéptico pensador hablarnos de las grandes incógnitas de nuestra alma voluble y caprichosa... del porqué las mujeres y los hombres recíprocamente se engañan, a qué edad son más interesantes para quererse las unas y los otros; nos hablará, en fin, de la nueva psicología del amor, tan descreído y tan metalizado... todo ello constelado de mil anécdotas de amor. Os haremos pensar a ratos, sin dejar de haceros reír nunca.

Esta Revista, pues, como las grandes cortesanas, dentro de su perversidad sabrá guardar la delicada corrección de una gran señora... Ni erotismo ni grosería... Un caramelo de menta todo lo más...

COLABORADORES:

Linares Rivas. - Alberto Insúa. - Fernández Flórez. - Emilio Carrere. - López de Haro. - Joaquín Belda. - Federico García Sanchiz. - López Barbadillo. - Díez de Tejada. - Vargas Vila. - Antón del Olmet. - Cansinos Assens. - Hernández Catá. - Gómez de la Serna. - Diego San José. - Tomás Borrás. - Alvaro Retana. - DIBUJANTES: Manuel Tovar. - Robledano. - Tito y otros,



—Tú, mi mejor amigo, engañarme... ¡¡el día de mi santo!!
—Justamente. He querido darte una grata sorpresa.



—No lo propalaré, pero con una condición: si es un niño se llamará Alejandro, como yo...



—Toque usted alguna cosa lenta... muy lenta... muriente.
—¡Oh! Octavio. Usted es como yo. Ama usted la música que adormece.
...No, es para adormecer a vuestra madre... y así nos quedaremos t. anquiios.



—Oye, me parece que hay algo muy interesante sobre el periódico.

(De LE RIRE.-París.)



Flirt



EL PESCADOR

Tiene la pulcritud de un buen grabado en el couché de una revista de lujo. El legendario anciano, ha preferido ir apurando sus dotes naturales a mixtificarlas o reemplazarlas con artificios; y así, por

ejemplo, sus escasos cabellos blancos parecen de seda sobre su calva de marfil, cosa que no inspira risa ni repugnancia, al contrario que los tintes con su aspereza o las amaneradas pelucas. Pálido el rostro y rasurado, en que la boca exangüe sonríe, y un ojo azul hace olvidar con su dulzura la impertinencia del monóculo que no deja de espejear nunca en su sitio.

Menudo, cenceño, el talle de un adolescente, y los pies y las manos no son sino unos ligeros ose-cicos enguantados en una epidermis casi inmaterial. Su coquetería consiste en ponerse años. De noche, en su palco, en el restaurant, en el cabaret, en lugar de ufanarse con su silueta de muchacho, que el frac acentúa, cubre ostensiblemente su cráneo con un gorro negro, un solideo judaico y de patriarca. Voluntaria y humorística alusión al otro gorro, blanco y de embudo, que debía usar a aquellas horas en su cama, como todos los viejos de su edad. Vive en París, posee enormes riquezas, desciende de la nobleza de las Cruzadas, y lo adoran las gentes. Solitario en su estirpe, convirtió en familia suya a cuantas no se conmueven con la ternura hogareña, y que, sin embargo, necesitan afectos íntimos—los artistas, los clubmen, los raros—. Pero nadie le quiere como las veinte mujeres más hermosas del bulevar. Le envían rosas, despachos halagüeños; le saludan por teléfono al despertarse; le dan citas que envidiarían sus amados, y le besan allá donde le encuentran, lla-

DE PERLAS

mándole con excesos embriagadores. Y algunas, hasta rezan por él en la Magdalena, a su modo, seduciendo al buen Dios como embaucan a su protector, en provecho del gigolo. No sonriais. Nada tan des-

interesado como la vehemencia de las pecadoras alrededor del ancianito. Gratitud, a lo más. Porque le deben sus alegrías, sus placeres, su ostentación, el oro y la gloria. Digamos ya de una vez, revelemos el misterio de nuestro personaje. Lo que movió a las gentes a denominarle EL PESCADOR DE PERLAS. Ello se reduce para el experto y sutil cata-dor de la voluptuosidad, a un sport del que disfruta el campeonato. Astuta, disimuladamente, busca en los arrabales, los talleres, las salas de baile público, en las porterías, a la chicuela delicada y hermosa, postergada por la suerte; la nueva Cenicienta. Y la educa, la alhaja, la estiliza. Y no se mezcla en el padrinazgo ninguna inconfesable corrupción, ni siquiera una farsa erótica. Por fin, lanza a la favorita, acompañándola a los parajes de moda. Y el banquero, el duque, el político, se apresuran a disputarse la naciente estrella. Las antiguas desdichadas se convierten en reinas, y en tanto, el mago del solideo torna a sus pesquisas en los barrios miserables...

Lector, lectora: a imitación del prodigioso misionero de la belleza, yo me propongo cada semana ir descubriendo una interesante aventura de amor que estuviere desconocida, y ofrecerla en estas crónicas a vuestra curiosidad, que será colgarla en la cumbre de toda buena fortuna, diremos con palabras de un clásico.

Federico Garcia Sanchez.

LOS PENDIENTES DE LA CHELITO, POR MIGUEL DE CASTRO

"Chelo" es don Juan... al revés.

Si el mago galanteador
es de casados terror,
ella de casadas lo es.

Tiene su escote blancura
de celinda y flor de acacias.
Desnuda al verla, las Gracias
envidiaran su escultura.

Vestida de bayadera
la sueño en reinos distantes,
donde un rajah le ofreciera
sus rebaños de elefantes.

Sus muslos fosforescentes,
a la luz del reflector
tienen el mismo fulgor
líbrico de sus pendientes.

El Padre Clarencio, de la Orden Seráfica, fué amigo mío después de su excomunión. Cuando yo le conocí era un hombre de cincuenta años, de apostura aristocrática y perfil imperioso. Vestía siempre de negro: largos chaqués o entalladas levitas. Era altísimo y se encorvaba un poco al andar. Tenía una hermosa cabellera rubia, unos ojos claros y acerados y unas manos estrechas, que parecían de marfil. Vivía solo, sin criados, en un piso de una casa muy antigua de París, frente al Sena.

Su casa era elegante y misteriosa, como él... Muebles de época, tapices admirables, cuadros y estampas de alto mérito, cerámica primorosa, libros raros y *bibelots* que revelaban el secreto de algún viaje a las honduras del Extremo Oriente.

Una casa original y, sobre todo, una casa fría. El Padre Clarencio era insensible a los rigores del invierno, aumentados en su casa por las brumas y la humedad del Sena. El fuego

le inspiraba una verdadera aversión. No me lo dijo nunca, pero yo sorprendí, poco a poco, aquella antipatía por el elemento mágico de la vida, por la lumbre destructora y creadora. La primera vez que vino a verme, yo estaba frente a mi chimenea, donde ardían varios leños perfumada y alegremente. Le invité a calentarse.

— Gracias — me dijo, volviéndose de espaldas a la chimenea. Y agregó: «Vámonos a la calle. París está todo nevado y pasear sobre la nieve es una delicia.»

Accedí. Aquel mismo invierno tuvo que guardar cama. Tosía atrocemente. Se negó a recibir médicos y como yo — su único amigo — quisiera cuidarle y le propusiese un ponche, se puso a reír entre las pieles y mantas que le envolvían.

— ¿Cómo va usted a hacerlo? — me preguntó.

— En la cocina.

— No existe en esta casa. La he hecho quitar.

— Pero tendrá usted alcohol, un infiernillo...

Su rostro se contrajo.

— Nada, nada de eso hay aquí. Ni cerillas. Deme usted ron, si le parece. Y no me pregunte nada más.

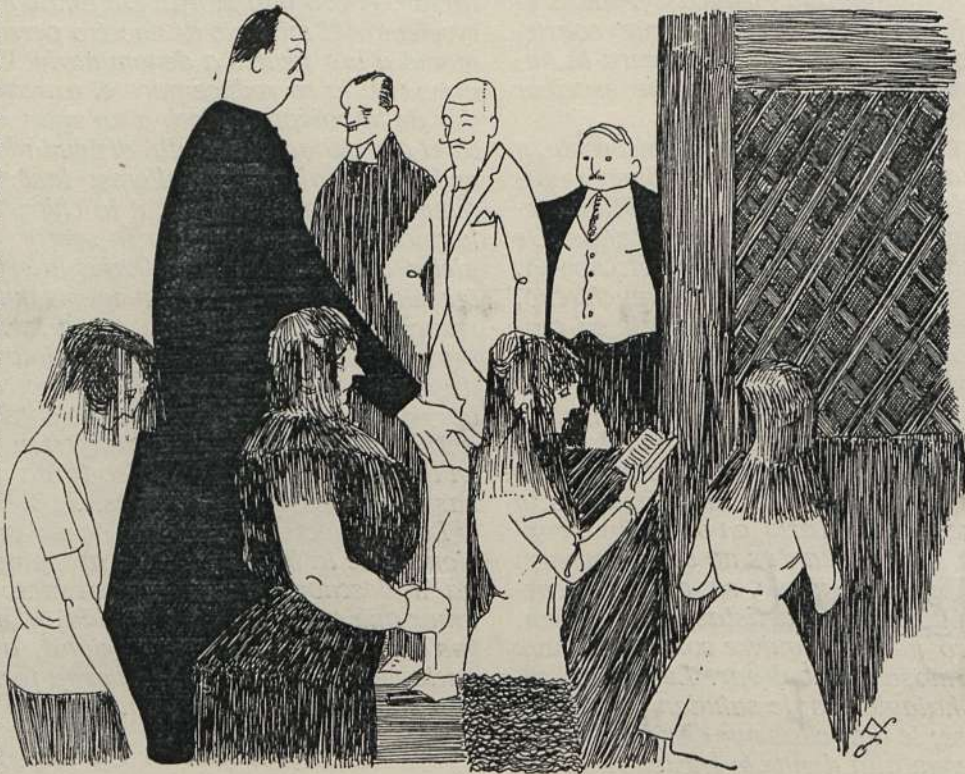
Sólo más tarde, mucho más tarde, he podido explicarme el horror que sentía el Padre Clarencio por el fuego. Y tal vez presumo demasiado al suponer que conseguí explicarme aquel enigma del hombre más enigmático que he encontrado en mi vida. En realidad, en el Padre Cla-

rencio, todo resulta inexplicable: la vocación arrolladora que le lleva al claustro, las causas de su ruptura con la Iglesia, su modo de vivir y de pensar. Todo en él es ambiguo y contradictorio. Ciertas frases y ciertos actos de su vida permiten concederle un alma franciscana y un corazón angélico. Otros actos y otras frases autorizan a considerarle como un ser infernal. Yo le he oído hablar de los misterios del más allá con una fiebre mística contagiosa. Y también le he oído burlarse de los mismos volterianamente. De otra parte, en algunas ocasiones, me ha parecido un genio; en otras me he preguntado si su cerebro no era el de un hombre inferior. He comprobado, sucesiva o simultáneamente, que era escéptico y crédulo, fatalista y supersticioso, generoso y mezquino, suave y violento. En realidad no lo comprendí nunca. Cuando, poco después de su muerte, recibí de manos de un notario el curioso manuscrito que me legaba, creí que iba a encontrar el hilo que me condujese por el dédalo de su carácter. Ocurrió todo lo contrario.

El manuscrito vino a aumentar mi confusión, sutilizando cada uno de los aspectos de aquel alma extraordinaria, haciendo más hondo su misterio. Yo esperaba una biografía, una confesión, unas memorias, algo en que el Padre Clarencio hablase de sí mismo: de su vida monástica, de su divorcio de la Iglesia, de las causas íntimas que le trajeran a éste, de

sus amores y de sus odios, de sus ideas y de sus dudas... Yo esperaba la historia de un alma, y lo que recibía era el más inesperado, el más extraño documento que pueda imaginarse. Era — no sé cómo decirlo — una cronología o relación de las confesiones recibidas por el padre Clarencio, pero no de todas, sino de aquellas... en que no había querido absolver al penitente. Titulábase el manuscrito «Los pecados sin perdón» y estaba formado por capítulos sueltos, en cada uno de los cuales un ser atribulado por la culpa, por el crimen, por el sacrilegio, por el horror de alguno de los siete enemigos de la gracia, acudía al santo tribunal de la penitencia, o llamaba a los pies de su lecho de agonizante a quien, en nombre de Cristo, debía empujar la puerta estrecha que le separaba de la Gloria.

Impenetrable e inflexible, el Padre Clarencio «no absolvía», bien dejando morir al penitente sin pronunciar las palabras de salvación o bien transformando la frase



que borra los pecados en una sentencia condenatoria; bien afirmando—con rigor calvinista—la ausencia absoluta de gracia en que había nacido el pecador, y excitándole, de este modo, a más graves y reiteradas culpas.

Pero, ¿a qué insistir en mis indicaciones? Precisamente doy a la estampa el manuscrito del Padre Clarencio para que los lectores me ayuden a descubrir la psiquis del insólito personaje. Releyendo, por cuarta o quinta vez «Los pecados sin perdón», las hipótesis y los comentarios afluyen a mi pluma. He decidido reservarlos para el final. Los que sigan estas páginas podrán

aprobarlos o rebatirlos entonces con algún conocimiento del hombre que los inspira. Mas no se olvide que el alma del padre Clarencio se parece a esos paisajes del desierto creados por el espejismo. Cuando el caminante cree penetrar en un oasis o aproximarse al mar, una mutación de la luz le prueba lo falaz de su esperanza, y la llanura vuelve a presentarse a sus ojos: ardiente, fascinante, homicida...

Y aquí concluye el prólogo de «Los pecados sin perdón...»

Alberto Insúa

LA VIEJA ESPAÑA GALANTE, POR

DIEGO SAN JOSE

... Y APALEADO...

(Indiscreciones de un paje.)

«Es mi señora doña Silvia la más gentil carne de falda que gocé en mis días. Venus al salir de los mares la tomara enojos y celos el sol. Como ya va mediando el otoño de su bizarra vida, parece que quiere aromas de primavera y a todo riesgo los busca.

Yo era simple y no hacía aprecio de lo mucho que me regalaba mi ama, cuando aun no había una semana que estaba a su servicio. Delante de mí cambiaba de ropa y delante de mí llegaba a tomar el baño y mandar-

—Y ¿cómo podrá ser eso, si vuestro marido y amo mío está con vos? —repliqué yo espantado.

—Pues así ha de ser, y ello será más para tu honra que para tu daño con aquel enemigo. Mira —prosiguió—. Tú entrarás quedo y esconderte has entre los cobertores del lecho, yo estaré ya sobre aviso y no te irá mal, que para esta vez te guardo las más bellas flores del jardín de mis delicias.

Y fui. No había sino cumplir como amante y obedecer como criado.

Caminaba a tientas, curando de no tropezar, y si por acaso hacía rui-

la avilantez de darme cita en el jardín para esta noche.

Yo sólo pensaba en estar enterrado, que muerto ya lo estaba. Doña Silvia prosiguió, sujetándose más cada vez:

—Ved, marido, que quiero que bajéis donde ese falso me espera y le déis lo que se merece y no piensa encontrar.

El tal púsose en pie de un salto. La pécora continuaba:

—Para que no huya al veros, será bien que os pongáis mis vestidos; ponéoslos y no hagáis luz, porque no advirtáis el color de la vergüenza que me toma el rostro al haceros esta confesión.

Hizo mi amo como le decían, y salió furioso hacia el huertecillo.

.....
Cuando hubóseme pasado el susto merced al nuevo agasajo de mi ama y dueña, mandóme que con un buen fresno bajase en busca de su merced y fingiendo que le tomaba por su liviana costilla, emprendírala a golpes hasta que pidiese confesar, diciendo mientras le asaba a puros golpes:

—Tomad bellaca, falsa perjuradora, tusona de burdel callejero, ya que en tal estima tenéis la limpia honra de mi amo,

pues con un criadillo suyo consentís esta enliza, pues él no os la propuso sino por probaros.

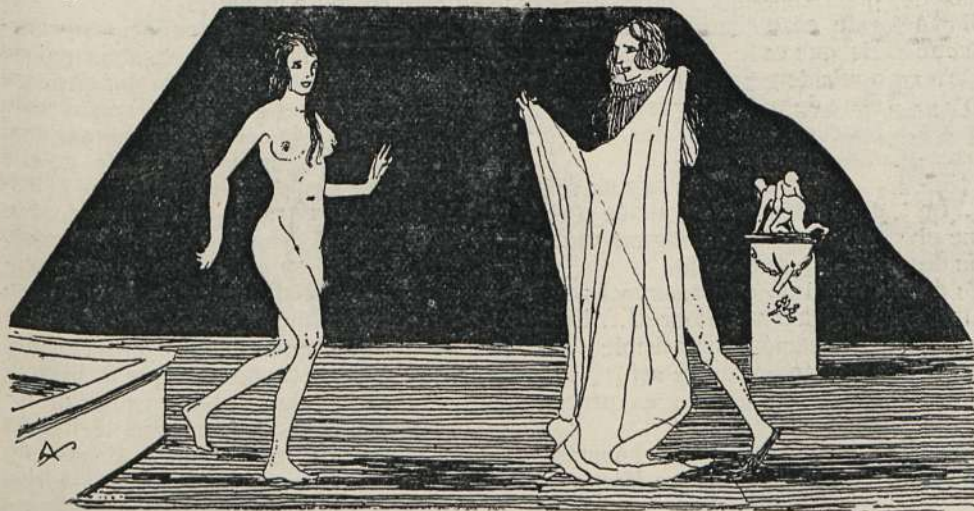
Hícelo así, y en Dios y en mi ánima que me despaché a mi gusto. A la media docena gemía el infeliz:

—¡Basta, Juanico, por tu vida, que ya sé en cuanto tienes la honra de tu señor! Así te pague Dios este cuidado como yo pienso pagártelo mañana.

Desde aquel día soy el verdadero dueño de la casa...

Por la copia:

Diego San José



me luego que la enjugara con un sudario transparente a cuyo través dibujábase la carne fresca y mórbida que era ganzáa de mi simplicidad.

Un día se cambiaron las tornas; ella me atendió a mí, y desde entonces todas las mañanas, aprovechando que mi amo estaba en el consejo, el mayordomo en misa y las criadas atendiendo al arreglo de la casa.

Un día, que era burlona y mal intencionada, díjome:

—Juanico, quiero que esta noche la pases en mi alcoba.

do, luego me estaba una hora con el un pie en el aire, como quien se ha pinchado.

No hice más de llegar, y la cortina que cubría el infierno de aquel matrimonio se alzó y saliendo una mano de mi dama asíome de donde más sujeto me podía tener.

—Marido, marido, ¿no oís que os llamo?—comenzó a decir—. Parecéis un tronco. Así curáis del honor vuestro que por osadías de un criado infiel se ve en trance de perderse. Sabed que Juanico, el paje, me ha requerido de amores y aun tuvo

POR VARIAR

Los recién casados habían desaparecido ya sin que, en el bullicio de la fiesta, nadie lo advirtiese; pero quedaban las suficientes muchachas guapas y los suficientes emparejados de jamón para que los invitados no pensasen en imitar la conducta de los novios abandonando la espléndida morada donde se había celebrado la boda.

La gente joven había invadido el jardín, y en el gabinetito donde iba a ser servido el te, las «personas mayores» reuniéronse, sintiendo así como el alivio de alejarse de aquel remolino de risas, de chillidos, de comentarios, y también de ese prurito de hacer frases ingeniosas que acomete a la juventud cuando dos de sus representantes declaran ante un sacerdote que están dispuestos a intentar el sacrificio de multiplicarse.

El ilustre señor Poncet, padrino de la boda, manteníase apartado en una de las ventanas del gabinete, cuyo cristal empañaba la proximidad de su aliento. Sus cejas habían trepado a lo alto de la frente, remontándose sobre los lentes de oro, en ese gesto común a las personas abismadas en pensamientos de suave melancolía. La obesa señora de Aguirre, a la que el benedictine dotaba de una manía de asociación que la hacía ser centro de un grupo numeroso, interpelló al solitario:

—¿Qué hace ahí el señor Poncet? ¿Por qué no es de los nuestros?

El señor Poncet aproximóse, un poco encorvado, hundidas las manos en los bolsillos de su pantalón a rayas.

—¿Qué hacía usted?— indagó la señora de Aguirre, volviéndose hacia él tan violentamente que, al chocar con su busto, el débil señor Guzmán tardó mucho en recobrar el equilibrio.

—Meditaba.

—¿Y en qué meditaba?

—En que acabamos de dar origen a una infelicidad.

—¡Oh! — protestaron algunos —. ¡A una infelicidad!

—Los recién casados— opinó la señora de Aguirre— son jóvenes, son ricos, se adoran... Nada hay que au-



de prendas. Al fin, el ilustre señor Poncet pudo hacerse oír.

—Estamos aquí — dijo — muchos hombres casados y algunos que lo hemos sido. El que pueda afirmar, por su honor, que no ha engañado a su mujer, que hable.

Se produjo

un silencio embarazoso.

El minúsculo señor Guzmán indagó, mirando sobre el borde de su taza de te, si estaba su suegra en el gabinete. Poncet, con una débil sonrisa irónica bajo el blanco bigote recortado, se acomodó en un sillón y salió en amparo de aquella turbación general provocada por sus palabras.

—Yo— dijo lentamente — tampoco estoy exento de culpas, y no tengo inconveniente alguno en hacer confesión de ellas, porque sé que son inherentes a la condición humana y que nadie, después de oírlas, me estimará como un monstruo.

«Algunos entre ustedes han conocido a mi mujer y pueden decir si me ciega el cariño al afirmar que era guapa, inteligente y virtuosa como la que pueda serlo más. Me casé enamorado de ella, y enamorado de ella estuve siempre. Su muerte fué el disgusto más grande que he sufrido. Sin embargo, yo he engañado a mi mujer.

«Si dijese ahora la razón bruscamente, ustedes la encontrarían acaso un poco cínica, un poco brutal; pero si me permiten explicar previamente el caso, reconocerán que es perfectamente vulgar, el más vulgar de todos los casos. La primera incitación la experimenté al poco tiempo de fijar nuestra residencia en Madrid, casi en luna de miel todavía. Paseaba por la calle de Alcalá y cruzó ante mí, casi rozándome, una mujer de extraordinaria belleza. Cuando volví el rostro para contemplarla mejor, el gentío la había ocultado. Mi imaginación ociosa discurrió sobre aquel nimio suceso. «He aquí— me dije— una mujer que ha nacido y ha muerto para ti en un segundo. La has mirado, la has deseado, y murió; porque es casi absolutamente seguro que no la vuelves a encontrar nunca, y eso equivale a su muerte.» Esta idea se repitió muchas veces en mí, en ocasiones diversas, y cada vez era más

torice a presumir que serán desgraciados.

—No puedo augurar precisamente que serán desgraciados— replicó Poncet—: la desgracia, más que las circunstancias, la crean los temperamentos. Pero afirmo que este envidiable embeleso, que esta ansia amorosa que a ellos mismos les parece ahora que no podrá verse nunca saciada, no durará mucho tiempo. En una palabra: que el juramento de fidelidad que acaban de hacerse será quebrantado más pronto o más tarde, por cualquier pasión o por cualquier capricho. Y no es que exista en este caso ninguna razón especial... Es que es la ley humana, la ley inapelable y natural, que está por encima de todas las teorías y de todos los convencionalismos.

—Según eso...

—Según eso no hay un solo matrimonio donde la traición o el engaño no haya existido alguna vez.

—¡Qué absurdo!

Alzáronse algunas voces ofendidas: —¡Hombre, Poncet!... Es una generalización inadmisibile. Afortunadamente no ocurre así.

—La excepción es precisamente esa.

—¡Bueno andaría el mundo!

La anciana señora Mínguez maulló desde su butaca:

—Así son los matrimonios modernos. Y no puede decirse que la culpa ande muy lejos de estos bailes, de estas diversiones de hoy. Cuando yo me casé sólo había juegos de prendas. Los juegos de prendas nunca han comprometido la felicidad.

Las voces se entre nezclaban para trenzar una unánime protesta contra el criterio temerario del señor Poncet. En vano la señora Mínguez quiso continuar desenvolviendo su teoría de que la corrupción de las costumbres estaba estrechamente relacionada con el desuso de los juegos

melancólica y más punzante. En los teatros, en los bailes, en los paseos, dondequiera que podía contemplar mujeres desconocidas, me afligía aquella consideración que ya expuse. Por nada del mundo hubiese cambiado a mi mujer, pero experimentaba la avidez de gustar otros amores, de penetrar en otras almas, de dejar mi recuerdo en otro corazón. No era el ansia del conquistador vulgar, del coleccionista de novias, que, por regla general, es un pobre enfermo; sino una mezcla de curiosidad, de ansia de novedad y... de ese cansancio que todo amor conseguido y poseído deja en el fondo de los espíritus.

«¿A quién no le ha ocurrido algo de esto? ¿Quién, en un baile, por ejemplo, no ha sentido el afán de una mágica multiplicidad que le permitiese ser la pareja de todas las mujeres? A veces, un gesto de una desconocida, un ademán, el timbre de una voz, una frase que pudimos oír al pasar a su lado, el brillo de sus ojos o la forma de su boca, nos hacen pensar: «¿Cómo amaré? ¿Cuáles serán sus palabras, sus actitudes, sus

ternuras o sus crueldades? ¿Qué novela de amor podrá crear, en la que yo no seré nunca el protagonista?» Y esto ocurre aunque améis ya ciegamente a otra mujer, y aun podría decir que ocurre especialmente cuando amáis a otra. Muchas veces basta el simple contraste físico entre vuestra mujer y una mujer cualquiera, para que la tentación os asalte poderosamente.

«Es ese mismo deseo, un poco confuso, que experimentamos muchas veces, de vivir otras vidas distintas a la nuestra. El aventurero constituye el fruto de esta proteica ansiedad, irresistiblemente agudizada. La misma ocupación, los mismos ambientes, fatigan. La misma mujer, el mismo amor, produce desmayos sentimentales de los que algunos vuelven más enamorados aún y otros... no vuelven nunca. Es, en una palabra, la necesidad de la variación. Yo engañé a mi mujer por variar, tan sólo por variar, y con otras mujeres que no eran tan guapas, ni tan inteligentes, ni tan amorosas como ella. Y si preguntais al ochenta por ciento de los

maridos: «¿Por qué engaña usted a su esposa?», os tendrán que responder como yo: «Por variar...»

«¡Diablo!, aseguro a ustedes que me resistí cuanto pude. Mi mujer era morena, y, a los dos años de casado, a mí me gustaban casi todas las rubias. Yo estaba dispuesto a resistir heroicamente en mi fidelidad... Se me ocurrió una idea. Un día llevé a mi esposa un excelente tinte. «¿Por qué no te tiñes de rubio?»—le dije—. «Es la moda.» Y cambió el color de su cabello,

—¿Y usted resistió la tentación?—
inquirió la señora de Aguirre.

—Sí; las rubias dejaron de preocuparme por aquel tiempo. Pero mi mujer era, además de morena, menuda, delgada y de carácter serio... Fué imposible evitar la «necesidad» de engañarla con mujeres altas, gordas y de carácter alegre. Me acuso de ello. Y, sin embargo, yo he querido mucho a mi mujer.

W. Fernández Florez



—¿Qué número buscas?
—El 606!



—¿Entonces?
—¡Imposible, querido!... Es la semana inglesa.

Dibujo de Tiro.

© Biblioteca Nacional de España

(De LE RIRE-Paris.)

Con el fin de divulgar en España los estilos de los diferentes dibujantes franceses, gloria del arte universal, vamos a consagrar en nuestros números sucesivos, una plana a cada uno de estos maravillosos artistas, únicos en su género, colaboradores de la VIE PARISIENNE, una de las más célebres revistas de esa Grecia moderna que se llama París... Empezamos por el personaje más inquieto de esas mujeres que nos recuerdan a las heroínas de Marcel Prevost y Juliette Villy...



F. Fabiano

UNA NOVELA TACHADA POR LA CENSURA, POR

(Dibujo de Tiro.)

JOAQUIN BELDA

Querido lector: Los distinguidos escritores que hicieron recientemente aquella campaña tan airosa y tan heroica contra la inmoralidad literaria, se han salido por fin con la suya. Los Poderes públicos han restablecido la previa censura para los libros, y he aquí el resultado.

Las páginas que vas a leer a continuación, han sido enviadas por mí, lleno de buena fe, a esta Dirección, y mira lo que me ha devuelto.

Cada espacio en blanco es un concepto o una palabra tachada por el lápiz rojo; yo no soy responsable de esas tachaduras.

¿Verdad que no hay derecho?

Suple tú, con tu buen sentido, lo que en blanco aparece, y mientras duren estas circunstancias, no escribas ni a la familia. Es un consejo.

FRAGMENTO DE UN SUEÑO QUE TUVE HACE ALGUNAS NOCHES

El coronel de Infantería don Pedro Lanzarote y Trebujana, era un verdadero héroe; acababa de cumplir los sesenta años; pero no consistía en esto su heroicidad, si no que ella emanaba, como la miel del panal, de su brillante hoja de servicios.

Había hecho la campaña del Norte, la primera y la segunda guerra de Cuba, todas las de Melilla, y además una temporada de seis meses en el Hospital de Carabanchel a causa de unos que no le dejaban andar.

En la guerra carlista recibió una herida en el pecho, en Cuba perdió un dedo de la mano izquierda, en Melilla, el año nueve, le hirieron en una pierna, y en Larache, protegiendo el desplazamiento de unos cañones, le dieron un balazo formidable en los mismísimos Aun conservaba la cicatriz, pero no la enseñaba más que a los muy íntimos.

No habrá que decir que el bizarro coronel Lanzarote poseía una colección de cruces que, vendidas al peso, le habrían proporcionado una suma de dinero muy superior a la que por ellas cobraba. Pero él, como militar clásico, se hacía en el dinero, y sólo quería conservar la gloria de sus hechos famosos.

Siendo ya coronel, y cuando sólo le faltaban dos años para el ascenso a general, recibió una merced que era como el coronamiento de toda una carrera: fué nombrado ayudante del cargo muy parecido al de señora de compañía, pero que indudablemente disfrutaba de un gran brillo social.

La breva se la proporcionó el que proporcionaba casi todas estas brevas, o sea el tético y sombrón general Ballesta, hombre de enorme influencia en altísimas esferas, que era a más de beato y jesuitón como él sólo, un con toda la barba.

Pero de este frailuno de Ballesta hay que hablar con más calma.

Era y con esa ausencia moral de órganos que tienen el noventa por ciento de nuestros hombres veía la vida a través de un devocionario, y no se metía una sola noche en la cama sin haberse dado unos disciplinazos feroces con el propio fajín de general.

Sus enemigos aseguraban que el *Papa Negro*, como le llamaba todo el mundo en la casa donde prestaba sus servicios, tomaba mucho

Yo no lo creo, a no ser que lo hiciera por pura penitencia, de lo cual ha habido muchos casos en la Historia.

Lanzarote y él habían sido compañeros de academia, y en la casa de huéspedes toledana donde pasaron sus años mozos, más de una vez se la habían juntos ambos futuros héroes. Acaso de aquí datase su buena amistad, pues es sabido que ciertas cosas unen mucho, sobre todo cuando no se ha sabido despegarse a tiempo.

El día en que el coronel Lanzarote juró su nuevo cargo, fué a oír tres misas a la Encarnación acompañado por el general Ballesta, que era de antiguo, parroquiano del histórico templo. Don Pedro, de las tres misas, apenas oyó media, pues el resto del tiempo se lo pasó muy preocupado con las pantorrillas de cierta beata, que había caído a su lado y que cada vez que se arrodillaba o levantaba, enseñaba hasta las proximidades del

Y es que el coronel Lanzarote era un en toda la extensión de la palabra, ¡que vaya si es extensa! Ya se irá convenciendo el lector en el curso de este relato, de esa cualidad voluptuosa del héroe de Guatánamo y de Sagua la Grande.

El había venido a las tres misas de esta mañana porque sabía que era un bonito modo de agradecer al general lo del

nombramiento y un excelente sistema de afianzarse en el ruego cargo. A él, en el fondo, la Iglesia le tenía sin cuidado; los curas le parecían, por lo general, toreros sin contrata; los obispos, salvo excepciones, se le antojaban amas de casas de y los diáconos, encargadas.

Pero ¡le gustaban tanto al general las cosas que transcurrían a incienso! Y, por darle gusto, Lanzarote estaba dispuesto a confesar cuando el otro se confesase, a ir en una procesión empujando un cirio o la vara de un palio, siempre que el otro llevase otra y hasta a darse disciplina en los dos carrillos de siempre que el otro se la diese.

Ahora que, esto último, como el coronel aun no tenía fajín iba a tener que hacerlo con la funda de un paraguas.

Al salir de las misas aquella mañana, y camino de un gigantesco edificio de piedra blanca que se veía al frente, el general iba diciendo al coronel:

—¿Has visto qué cosa más grande, Pedro?



Joaquín Belda.

(Continuará.)



--Tiene usted una pieza de museo, querido señor.
--Y usted también, querida señora.

(De LE RIRE. París.)



OPTIMISMO.

--Desde mi punto de vista, señora, todas las cosas son admirables.
Dibujo de Tirro.

A LOS DIBUJANTES DESCONOCIDOS

Brindamos las páginas de esta Revista a los dibujantes de talento. Tendremos una verdadera complacencia en lanzar valores nuevos. En España hay un verdadero renacimiento en este género y queremos contribuir de esta manera a él.

AVENTURAS DE UNA CRIADA PARA TODO, POR ALVARO RETANA

PRESENTACION

Cuento en la actualidad cerca de medio siglo, puesto que nací el 7 de enero de 1878, y, sin embargo, todos los revisteros de salones celebran mi otoñal belleza y mi aristocrática elegancia cuando asisto a alguna fiesta de nuestra buena sociedad. Como estoy desposada con un político influyente que espera ser ministro de un momento a otro, se me recibe en cualquier parte con verdadero entusiasmo y se solicita mi colaboración para toda función o proyecto benéfico.

El mundo ha tendido sobre mi pasado un velo—o más bien, una alfombra—y mi título de marquesa de X... ejerce de Jordán purificador sobre mi verdadero nombre, que es

Hermenegilda López y Esparraguera.

La Menegilda de hace treinta años, es hoy la ilustre señora doña Gilda López de Esparra, esposa legítima del acaudalado marqués de X... pero hoy, en el otoño de su vida, la señora marquesa se ha sentido con ganas de reconstituir su pintoresco pasado, y amparándose en la impunidad del seudónimo, va a desnudarse ante los lectores de esta Revista, con tanta habilidad, que no va a reconocermene ni mi propio marido.

Seguramente que más de cuatro personas «bien» van a preguntarse durante el transcurso de mis Memorias: ¿Pero quién será esa aristócrata tan cínica y tan loca? Unicamente mi esposo, cuando llegue al capítulo XXIII, sospechará que pueda ser yo

la indiscreta autora de estas confidencias; pero yo sabré engatusarle, con tanto acierto, y le prodigaré tales caricias, quisicosas y monadas, que su coronada testa se tranquilizará definitivamente. Así, pues, basta ya de preámbulos y pasará a autorretratarme:

El mismo día que cumplí los catorce años, vine a la corte, destinada por mi madre, a servir de niñera en casa de un matrimonio joven, padres de un vástago monísimo que contaría sus buenos cuatro meses cuando me fué encomendado.

He de decir que yo he nacido en San Fernando de Henares, y que los autores de mis días eran unos humildes jornaleros sin más descendencia que yo. Mis pa'eres eran los guardas de un finca soberbia que el marqués

de Empinares poseía cerca del río Jarama; pero ellos, desecosos de ponerme en condiciones de defensa ante la vida, temiendo que la muerte o alguna enfermedad de cualquiera de ellos originase nuestro despido de la finca el día menos pensado, y yo quedase en situación difícil, determinaron colocarme de sirvienta en la corte, seguros de que aquí me aguardaba un porvenir más brillante que el que me reservaba la reclusión en aquella posesión del marqués de Empinares. Y yo acepté encantada la idea de mis progenitores, porque había empezado a irritarme la monotonía de la vida campestre y sentía una malsana curiosidad por instalarme en Madrid. Yo que siempre he sido muy aficionada a las lecturas, había devorado innumerables volúmenes de la biblioteca que el marqués tenía en la finca y me hallaba realmente sugestionada por la Vida. Yo quería correr a un mundo más am-

rados, desmentían con su aparente felicidad los augurios de los respectivos suegros, que pronosticaron a la pareja asolamientos y fieros males por haber fundado un hogar sin contar con un ingreso razonable.

Tanto el marido como la mujer, animosos y comunicativos, cayeron en gracia a mis padres y los invitaron a coger algunas flores y frutos de la posesión, con lo cual los recién casados se dilataron satisfechos hasta el límite de la dilatación.

Otro domingo el matrimonio repitió su excursión a San Fernando, y no faltaron a saludar a mis padres, trayéndolos unos pasteles madrileños, y entre las diversas cosas de que unos y otros hablaron, se trató de la mala calidad del servicio doméstico, que les había determinado a prescindir de servidumbre.

La hija del comerciante se lamentaba de

simpática y dispuesta, y yo tampoco disimulé mi satisfacción ante la perspectiva de verme en Madrid elegantemente vestida de negro con delantales blancos, como las doncellas que describían las novelas devoradas por mí.

Por aquella época, un precoz desarrollo me convertía en un capullito femenino, nada despreciable. Yo entonces no entendía de estética; pero al compararme con las chicas de mi clase de San Fernando, me reconocía superior a todas ellas.

Era yo entonces más bien alta que baja, y a pesar de mi indumentaria de palurda, tenía un especial aspecto distinguido, como si fuera una señorita disfrazada de muchacha del pueblo. Me peinaba como todas: con todo el pelo tirante, recogido ferozmente en un moño sobre la nuca; pero aquel tocado no restaba atractivo a mi rostro, que dicho sea en honor a la verdad y modestia aparte, tenía un óvalo bastante correcto. El sol había tostado mi cutis más de lo debido, prestando a mi cara el dorado tinte de las campesinas, y quizá esto contribuyese a que resaltase más ostensiblemente el rojor de mis labios demasiado gruesos para no resultar sensuales. Como la madre naturaleza ha tenido a bien dotarme de unos dientes magníficos, blancos y relucientes,



plio que aquel en que había transcurrido mi infancia, y en mis locos sueños de ambición, en mis fiebres de niña novelera, pensaba que Madrid era el Paraíso guardador de inefables venturas, el lugar donde la Vida culminaba, y yo, que sentía impaciencia por vivir, acogí la idea de mis padres con verdadera alegría.

Mis futuros señores, en una de sus excursiones domingueras a San Fernando, habíanse internado por terrenos pertenecientes a Empinares y trabaron con los autores de mis días una banal conversación que más tarde había de influir tan evidentemente en mi existencia.

Tratábase de un matrimonio de la burguesía; él empleado en el Ministerio de Hacienda y ella hija de un acreditado comerciante, que se habían casado recientemente contra la oposición de ambas familias; pero ellos jóvenes, soñadores y enamo-

que las sirvientas cortesananas eran todas unas sisonas, vagas, torpes e insolentes criaturas, y acusó el hecho de haberse visto precisada a cambiar doce veces de niñera—la única clase de servidumbre con que transigía—en tres meses.

Mi madre, sugestionada por la indudable simpatía de la esposa del empleado de Hacienda, miró a mi padre con fijeza y exclamó pensativa:

—¿Qué tal estaría que enviásemos a la chica de niñera a Madrid con estos señores?

—Si ella quiere, por mí no hay inconveniente—dijo mi padre—. Ya sabes que hace tiempo tenía yo pensado de enviarla a Madrid. Algo joven me parece entodavía; pero en fin, para cuidar un crío ya servirá.

El matrimonio, jubiloso, concertó con mis padres el traslado a la corte, porque me encontraban inteligente,

que en mi primera juventud parecían dos apretadas hileras de granizo y de unos ojos morunos, más negros entre la sombra de arqueadas pestañas, yo resultaba, claro, una chicarrona bastante guapa, rebotante de salud y tan dispuesta [para el trabajo, que verdaderamente no podía fracasar como doméstica. Yo era dócil, discreta y me encontraba con ganas de agradar a mis protectores para no perder mi colocación y empezar el Via Crucis reservado a la pobre chica que tiene que servir. En estas condiciones, pues, hice mi entrada en la corte, bien ajena a las accidentadas alternativas con que el Destino iba a favorecerme, y sin vislumbrar, naturalmente, las vicisitudes porque iba a atravesar antes de venir mi actual encumbramiento.

Alvaro Retana

(Continuara.)

LA MORAL BIEN ANALIZADA

CASI CUENTO...

II

Por viejo sabe uno muchas cosas, pero después cada cosa, y solo por vivir unos días más, se desmorona de su altar, y va llegando uno al fin de la vida convencién-dose de que las verdades son falsas, las ideas son equi-vocadas, y las leyes, morales y físicas, son en-gañosas y efímeras. Queda el consuelo de que vendrán otras verdades... que ya no tendremos tiempo de averiguar que son mentira.

No es mucho... pe-ro es algo.

Y como no dan más en esta lotería del vi- vir, bueno será el irse conformando con los premios que nos to- can, y adorar las ver- dades mientras no lle- ga la precisión de despreciarlas. Que es precisamente lo que le pasó también a mi buen amigo, camarada de la juventud y dignísimo funcionario de no sé que rama adminis- trativa, don Melchor Gon- zález de la Pepinera y García de los Bastos, caste- llano de Cas- tilla aunque los apellidos, por sus di- mensiones, tuvieran mar- cado tufillo de portugueses.

Era el tal don Mel- chor hombre de recia complexión, de buen semblante con gran- des barbas entrecan- nas, que más le acer- caban a profeta que a funcionario del Esta- do, de buena salud, de sanas costumbres y de rancias creencias.

Añádase a esto sus cincuenta y tantos años, y se vendrá a la debida consecuencia de que don Melchor González de la Pepinera y García de los Bastos era persona de ideas arraigadas y de principios incommovibles.

Que los hombres sanos, fuertes y bien emplazados mo- netariamente no cambian jamás de convicciones.

Eso se queda para los infelices. Los dichosos tienen siempre certeza y seguridad en lo bien que marcha este mundo. Y en lo bien que han de marchar en el otro.

Tras de muchos años sin vernos apenas, y cuando nos veíamos saludándonos indiferentes, presentóse una ma- ñana en mi casa la profética figura de don Melchor, ten- diéndome los brazos con inefable cariño.

Tendíle los míos para que no resulta- ran desairados los suyos, que ya me en- señaron las mujeres a esto de abrazar sin cariño y sin afán ninguno. E inmediatamente y como llevado de una súbita explosión de franqueza, me contó su vida. Vamos, lo que quiso contarme de su vida.

Yo, para correspon- der, le conté lo que todos saben de la mía. Y después de esta prueba de afecto, en la que ambos nos reservamos lo más in- teresante de nuestras vi- das, queda- mos los dos persuadidos de que nos franqueamos mutuamente con fraternal sinceridad.

Puede que él pensara:

—Si te fi- guras que en mi vida no hu- bo más que eso que te he

contado bien cándi- do eres...

Pero como yo pensaba:

—Si tú te crees que voy a descubrir, de buenas a prime- ras, lo que me intere- sa y me importa... ¡¡javiado estás, Mel- chorcito!!

Resultó que esta mutua reserva nos hizo simpatizar más.

Y con esta simpatía llegamos suavemente al objeto de la visita de mi antiguo amigo y camarada.

—¿Qué buen aire te empuja por aquí, Melchor?

—Pues verás. Yo tengo dos hijas, Micaela y Petrita, una con diez y ocho y otra con diez y nueve.

Aunque no me dijo con diez y ocho qué, ni con diez y nueve qué, yo supuse desde luego que eran diez y ocho y diez y nueve años respectivamente los de Micaela y Petra.



Y me limité a afirmar con un signo de cabeza reconociendo que no había objeción ninguna que poner a que las niñas tuvieran esa edad.

—Las dos son muy instruidas, con educación muy esmerada y—permíteme que lo diga—las dos son guapas y tienen buena figura.

Nuevo signo mio afirmativo. Tampoco encontraba objeción para que fueran guapas.

Aun sin saber de lo que se trataba, no me parecía mal en principio, que las chicas tuvieran excelentes cualidades internas, externas... y hasta medio pensionistas.

Animado con mi asentimiento, continuó Melchor:

—Pues las dos quieren dedicarse al teatro.

—Muy bien. Con esas condiciones personales irán al triunfo seguramente.

—Eso creemos. Ya comprenderás, conociendo nuestra posición social y nuestras ideas, que nos hemos opuesto en casa decididamente, pero es tan grande la vocación de las muchachas y fueron tantísimas las súplicas y los llantos que al fin, su madre y yo, hemos pensado que no teníamos derecho a contrariar una vocación tan firme.

—Si habéis meditado ya en todas las dificultades íntimas de la vida de entre bastidores...

—Muchísimo.

—Entonces...

—Las chicas valen y lo han demostrado ya en muchas representaciones de aficionados.

—No es lo mismo el éxito para un aficionado que para un profesional. Se aquilatan los valores de muy distinta manera.

—Ya lo sé y por eso no pretendemos que se presenten con pretensiones de primeras actrices sino modestamente y de meritorias en una buena compañía para aprender lo que el arte tiene de oficio.

—Muy bien... y muy fácil.

—Y para eso acudimos a ti, alegando nuestra antigua amistad, para que nos ayudes.

—Con mucho gusto.

—Ya sabemos que no son todas moscas blancas en el teatro...

—Ni en el no teatro...

—Ya, ya... pero indudablemente ha de haber compañías honradas, en las que se pueda confiadamente entregarles una señorita sin riesgo de malos ejemplos.

—Indudablemente.

—Pues dime una de esas compañías.

—¿Así, de pronto? ¡Caray, me pones en un conflicto!

—¿No recuerdas ninguna?

—Déjame unos días de meditación... porque así, tan en absoluto como tú lo pides, yo no digo que no las haya, digo solamente que yo no estoy bastante informado para poner las manos en el fuego...

—Tampoco pretendemos que sea un Colegio del Sagrado Corazón sino compañías honorables en totalidad y de prestigio artístico.

—Eso sí, muchas.

—¿Tú conoces a Fernando Mendoza?

—Sí, mucho.

Exageré un poco, por el tono que me daba al decirlo, pero sabiendo ya que exageraba porque a Fernando Díaz de Mendoza no es fácil conocerle mucho. Es tan fino que a veces hasta sus despegos van recamados de finura y hay que estarle agradecidos por ellos...

—¿Y puedes recomendarlas?

—Sí, hombre.

Esto pasaba en época anterior a mi lamentable eclipse del teatro de la Princesa.

—Pues te lo agradecemos.

—H y mismo.

Y efectivamente, hablé por ellas, quedaron admitidas

en la falanje innúmera de meritorias con derecho a presentarse los ensayos, y a los dos días se hizo la presentación oficial.

Don Melchor González de la Pepinera y García de los Bastos no había mentido en las cualidades íntimas de sus niñas. Eran instruidas y de esmeradísima educación.

Pero don Melchor González de la Pepinera y García de los Bastos habíase excedido en la paternal alabanza de las cualidades externas. Eran dos pimpollos, sí, pero dos pimpollos desmedraditos e insignificantitos.

Sólo en una cosa tenían demasía: En lo lisas. Eran muy lisitas las pobrecitas...

III

Pasó la temporada aquella saturándose de ensayos. Salieron de acompañamiento en una obra trágica e hicieron la Chula 1.^a y Chula 2.^a en un sainete que no llegó a ser cómico. Y después ya nada más.

Quien define con reconocida autoridad en aquella casa me dijo francamente:

—Mire, Manolito, no sirven.

¡Manolito es otra de las cosas que se han ido al eclipse también...!! ¡Bueno! me dijo:

—Mire, Manolito, no sirven. Son muy simpáticas y muy listas, pero no tienen condiciones físicas para el teatro. Claro que se las puede utilizar en determinados papeles, pero eso no es porvenir, sobre todo no necesitando la materialidad de los sueldos pequeñísimos que podrían llegar a conseguir.

Callé, convencido.

El teatro es una gran cosa para las primeras figuras, pero es una cosa horrible para las medianías.

IV

Al ir a empezar la temporada siguiente, se me presentó don Melchor.

—Vengo con una pretensión. Que a las niñas les asignen un sueldo. El que sea, cualquiera, porque no nos preocupa hoy la cantidad que ganen; pero quieren pasar de meritorias a incluidas en la lista de la compañía, porque de ese modo, seguramente, les repartirán mejor trabajo.

—Seguramente, sí.

—Las niñas están entusiasmadas y cada día se arraiga más en ellas su vocación firmísima.

—Su vocación, claro.

He aprendido hace mucho, que el repetir las mismas palabras sostiene la conversación y no compromete a nada, mientras uno piensa lo que efectivamente se debe contestar. Y yo no sabía de qué manera decirle que las niñas no servían, sin lastimar su amor propio ni herir sus entusiasmos.

—Y como realmente las chiquillas valen mucho, es hora ya de proporcionarles la ocasión de que lo demuestren.

—La ocasión, sí—; repetí aferrado a mi sistema.

—Tú conoces demasiado que en papeles de media docena de palabras no hay lucimiento posible ni les da tiempo siquiera para reponerse de la impresión de salir a escena.

—Es verdad.

—Lo pedirás, ¿eh? Y para ti mismo será una gran satisfacción cuando las veas triunfar en un papel bonito y grande...

Y los ojos se le empañaban ante la idea futura del triunfo, y le temblaba el cuerpo nerviosamente haciendo temblar más aún las proféticas barbas.

¿Cómo se echaba por tierra aquella ilusión de las niñas y aquella ilusión del mismo profeta administrativo?

Pero era preciso, absolutamente preciso, y hasta deber de amistad era el no llevarlas al desengaño cruel por boca de un extraño. Y entonces, recordando sus buenas costumbres de familia piadosa y sus arraigadas ideas de moral y de honradez, busqué un camino de rodeo para

no quitarles la ilusión —lo que me daba pena— y para no engañarlas, que no me parecía leal.

—Mira, Melchor, entre hombres se debe hablar sinceramente. Mientras se trató del caprichito...

—De la vocación —atajó Melchor.

—Bien, de la vocación... como meritorias; pero al llegar a convertirse en profesionales del arte, es menester que yo te diga, con mi experiencia, lo que tú no sabes sino de oídas.

—Dí lo que quieras.

—El teatro no es una profesión en que se entra y ya se queda, ascendiendo por grados y por tiempos. No es una serie de oposiciones. Cada temporada es una batalla para ingresar de nuevo. Cada obra es una batalla para tener papel.

Los artistas consagrados no tienen que ocuparse de eso: se les busca a ellos. Pero éstos son las excepciones del oficio. Los demás artistas, la inmensa mayoría de los demás artistas tienen ellos que buscar...

¿Te figuras lo que es para una mujer la necesidad de buscar contrata cada año, en cada año dos veces por lo menos, y en cada temporada suspirar seis u ocho veces porque la Empresa, el director o el autor no se olvide de ellas en el reparto? ¿Te lo figuras?

Por consecuencia, la mujer, al empezar, necesita una protección. O es eminentísima y se destaca por su propio mérito excepcional desde el primer momento —y esto convendrías en que es rarísimo— o necesita una mano amiga y protectora. Algunas cuentan ya desde el principio con ese apoyo por razón de familia; pero las que llegan al teatro desde fuera, aisladas y desconocidas... ¿cómo van a subir?

Pon un mérito igual en las seis muchachas que desean contratarse. ¿No contratarán antes a la recomendada? Pon un mérito igual a las seis muchachas que ya están en la compañía... y hay que repartir cuatro papelitos. ¿No quedarán excluidas las dos menos amigas? ¿Y de los papelitos no se llevarán los mejores las más simpáticas y las más amables? Ahora bien... o ahora mal. Si han de pedir siempre... ¿se podrán negar siempre? ¿Ves el pe-

ligro? Y como tú no has de consentir que esas señoritas, no necesitándolo para vivir, se expongan a...

—¡¡No!!

Las barbas proféticas temblaron de ira.

—¡¡No!!

—Por mucha que sea la vocación de ellas...

—¡¡No!!

—Estaba seguro y por eso me permití hacértelo ver.

—Gracias. Hoy lo hablo en casa y hoy se terminó esta cuestión para siempre.

Y salióse del cuarto erguido y fiero.

V

Al día siguiente volvió a visitarme.

—Lo hemos hablado en familia, se discutió mucho y las niñas insisten.

—¿Insisten?

—Sí. Su vocación es verdadera.

—¡Ah!...

Un ¡ah!... muy largo.

—¿Y vosotros? ¿Su madre y tú?

—Cedemos ante la vocación.

—¡Ah!...

Otro ¡ah!... más largo aún.

—Y si tú quisieras protegerlas...

—¿A las dos?...

—Claro, a las dos...

Miré al profeta. Y el profeta bajó su mirada ante la mía.

—Ya te contestaré. No necesitas molestarte en volver hasta que yo te avise...

—¿No?

—No.

—Pues adiós...

—Adiós.

Y lentamente, como dándome tiempo a llamarle todavía, se fué el profeta de mi casa... Como iba de espaldas no pude enterarme de si le temblaban las barbas o se le erguían enmarañadas e hirsutas cubriéndole la cara.

Manuel Linares Rivas.



—Señorita. Os quedaría altamente reconocido si le dijera usted al señor Dupin que vengo a pedirle que consienta en hacerme un retrato. La cabeza solamente.

—Veo, señor, que también usted «posa» el desnudo.

(De LE RIRE.-Paris.)



LA CRISIS DEL CARBÓN

—¿...?

—Espero hacerlo enojecer.

(De LE RIRE.-Paris)

MADRID GALANTE



CASA JUAN

CIUDAD LINEAL

IDEAL ROSALES

PARISIANA

BARBIERI